

rio anejo tambien de monjas dominicas. En las últimas raíces del Quirinal, cerca del foro mismo de Nerva, estuvo la antigua puerta *Janualis*, con el pequeño templo de Jano, que sólo se cerraba en tiempo de paz, y cuyo monumento trasladó luégo Domiciano á un magnífico templo de su foro transitorio.

En el otro ángulo de la falda del Quirinal, donde termina, juntándose al valle, que lo separa del Viminal y el Esquilino, está la iglesia de Santa Maria de Monti, de arquitectura recargada y de mal gusto, pero riquísima, en el interior, de pinturas y de adornos: la imágen de la Virgen, en cuyo honor se erigió el templo en el pontificado de Gregorio XIII, es una de las más veneradas de Roma: los habitantes de la vasta region de *I Monti* la consideran como su patrona especial y le tributan un culto esplendoroso.

La princesa doña Juana de Aragon donó á fines del siglo xvi el terreno, que hoy ocupan sobre la via del Quirinal la iglesia de Santa Clara y el convento de capuchinas, á que pertenece.

Donde estuvieron el templo de la Salud y la puerta Salutaris, es hoy la altura, que dicen de las *Cuatro fontanelle*, hermoso cuatrivio, que domina los tres obeliscos de Santa María la Mayor, Monte-Cavallo y Trinidad de Montes, y cuya cuarta calle termina en la puerta Pia: de las cuatro fuentes, obras todas de Sixto V, tres están apoyadas en palacios, y una, la del ángulo meridional, en la iglesia de San Carlos, de arquitectura de Borromini, amanerada y extravagante como casi todas las obras de aquel Góngora romano, ya que no podamos ni debamos llamar Churriguera al arquitecto de Santa Ines en plaza Navona. La iglesia y el anejo convento fueron construidos á mediados del siglo xvii por los trinitarios descalzos de España. La medida exacta de uno y otro edificio juntos, es la de un pilar de los cuatro que sostienen la cúpula de San Pedro. Allí no léjos, en la via del Quirinal, está la iglesia de Santa Ana, llamada *alle quattro fontanelle*, erigida tambien en el siglo xvii por los padres carmelitas descalzos españoles, que tuvieron un hospicio contiguo.

Los tres palacios, en cuyo muro respectivo descansan tres

fontanas del cuatrivio, son notables por su arquitectura, y alguno de ellos, como el de Albani, por sus tradiciones artísticas: pero el más conspicuo y suntuoso es sin duda el Barberini, comenzado por Maderno y concluido por Bernini. Urbano VIII (*Barberini*) quiso labrar una fábrica digna de un soberano, y la fábrica corresponde, en verdad, á los alientos y carácter de aquel Pontífice: la verja y el jardin, que rodean el palacio, y hasta su disposicion topográfica, le dan cierto aire de semejanza con el lindísimo de Liria en Madrid. Este de Roma encierra una verdadera riqueza artística, así en los frescos de los muros y bóvedas, pintados por Cortona, como en cuadros y objetos de escultura, y un tesoro científico y literario en la biblioteca, que es, sin disputa, una de las mejores de Roma. Entre los cuadros hay verdaderas joyas de Vinci, de Caravaggio, de Ticiano, de Tintoreto, de Guido, de Andres del Sarto, uno de los más simpáticos artistas florentinos, y el retrato de Margarita (la famosa *Fornarina*), pintado por Rafael hácia el año 1511. La biblioteca contiene cerca de diez mil manuscritos, entre ellos códices orientales, griegos y latinos de gran mérito, autógrafos de los más insignes poetas de Italia y una coleccion de libros impresos, que pasa de sesenta mil volúmenes con numerosas ediciones del siglo xv, y las obras que formaron la librería de Tasso y de su padre, en las cuales abundan las anotaciones marginales de la propia mano de Torcuato y de Bernardo. La biblioteca Barberini está abierta al público un dia en cada semana.

En medio de la plaza Barberini surge la fuente del Triton con sus cuatro delfines, que sostienen el escudo de las abejas, propio de la familia, que da nombre al palacio y á la plaza.

Allí cerca está el convento de los capuchinos con su cementerio subterráneo, que más parece un museo funerario, y la extraña capilla revestida con un mosaico de huesos, que causa espanto y frio: la iglesia de la Concepcion, á que es anejo el convento, muestra en el exterior la pobreza de su instituto: pero en el interior posee riquezas de arte, como el San Miguel de Guido Reni, el San Francisco en éxtasis, del Dominiquino, de que hay copia en mosaico en San Pedro, el San Antonio de Padua resucitando á un jóven, por Andres Sacchi, y la Con-

version de San Pablo, por Cortona: reliquias, como el cuerpo intacto de San Félix de Cantalicio y del venerable Crispino de Viterbo: y memorias sepulcrales, como la de Alejandro Sobieski, hijo de Juan III, rey de Polonia, y la humilde lápida del suelo, bajo la cual reposa el Cardenal Barberini, fundador de la iglesia, con este epitafio, modelo de sencillez y de cristiana humildad.

HIC JACET PULVIS, CINIS ET NIHL.

Cerca de la plaza Barberini hay una iglesia lindísima, que trae un recuerdo muy agradable al viajero español: está consagrada á San Isidro Labrador, al patron de Madrid: fundáronla los frailes franciscanos descalzos españoles, en el año 1622, esto es, en el año mismo en que el Papa Gregorio XV canonizó al glorioso Labrador castellano del siglo XII, cantado por Lope de Vega. Andres Sacchi produjo una de sus más estimables obras en el cuadro del santo, que ocupa el altar mayor. En otra de las calles, que conducen á esta misma plaza Barberini, está la iglesia de Santa María di Constantinopoli, fundada para la confraternidad de sicilianos y aragoneses, por el rey de España D. Felipe II: la madre de la Virgen, que se venera en el altar mayor, fué traída en los siglos medios de Constantinopla. Las cercanías del Quirinal abundan en monumentos españoles. En la *Strata Felice*, que corresponde á la region tercera, los agustinos descalzos de España erigieron, á principios del siglo XVII, una iglesia en honor y bajo la advocacion de San Ildefonso: en la misma region, entre el Quirinal y el Pincio, quizá donde fueron un día los jardines de Lúculo, un sacerdote español, el P. Francisco Soto, del oratorio de San Felipe, construyó, á fines del siglo XVI, la iglesia de San José, que se llama à *Capo le Case*, con un convento de monjas teresianas. *Franciscus Soto, hispanus oxomensis, erexit, ornavit et dotavit. Anno 1598.* Tan cierto es que difícilmente puede darse un paso por Roma sin descubrir algun vestigio de la católica España.

Para erigir al agua *Vergine*, que veinte siglos hace alimenta y embellece á la ciudad de las siete colinas, un monumento digno de los que el agua *Paola* y el agua *Felice* tenían sobre el Janículo y sobre el Esquilino, comenzó Clemente XII (*Cor-*

sini) y continuó Benedicto XIV (*Lambertini*) y llevó á término Clemente XIII (*Rezzonico*) la obra estupenda de la Fontana de Trevi: es toda la fachada de un palacio (el antiguo *Poli*), de entre cuyas altas columnas sale la estatua colosal del Océano, sobre un carro tirado por caballos marinos, regidos á su vez por tritones; por debajo del carro precipitase, cual torrente, un rio caudaloso, que de una en otra va llenando tres grandes conchas, hasta caer, con los otros manantiales de aquel escollo gigantesco, en la anchurosa pila oblonga de mármol blanco, que forma como una plaza rodeada de columnas y de escalinatas y de parapetos. La obra arquitectónica de la fontana de Trevi, una de las más grandiosas del pasado siglo, no resiste á la crítica exigente y descontentadiza: la fachada, en que aparece el dios de las aguas, con sus columnas jónicas y sus ventanas, y con las estatuas de la Salubridad y de la Abundancia, y las de las Cuatro Estaciones, y con los bajo-relieves, que figuran á la doncella (la *Vergine*), que mostró el escondido manantial á los sedientos soldados de Agrippa, y á Agrippa mismo examinando la planta de su famoso acueducto, es una fachada, que para todo pudo imaginarse ménos para una fuente: las figuras mitológicas del númen y de los caballos marinos sujetados por tritones, y del carro en forma de concha, y el despeñarse de las aguas por aquel precipicio, no concuerdan ciertamente con el efecto rebuscado de las ventanas simétricas y de los seis pilares corintios á cada lado, y de las columnas y de todo el lujo de ornamentacion acumulado por el arquitecto Salvi. Por más que el escollo sea un poco más regular que aquellos que forma la naturaleza, y diste algo, en este concepto, del que labró Bernini para la plaza Navona, siempre hay que convenir en que la fontana de Trevi es una obra especial, que está fuera de las leyes comunes por que se rigen monumentos de su clase, y que los anacronismos y la falta de buen gusto artístico, que á su autor suele imputar la crítica, ceden ante la grandiosidad de la obra, como en la plaza de Trevi se pierde el rumor de las palabras ante el estrépito del espumoso raudal del agua Virgen.

Los antiguos arcos (*fornices*), que traian en triunfo desde

los tiempos de Agrippa este caudal inapreciable, dieron nombre á un santuario muy célebre junto á la fontana misma: á la iglesia, que se dijo de Santa María *in Fornica* y ahora de Santa María *in Trivia*, cuyo origen se debe á la especial devoción de Belisario: los dos primeros versos de la antigua inscripción en mármol, que se conserva en el muro lateral, dicen así:

*Hanc vir patritius Vilisarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.*

Otras iglesias y monumentos notables no lejanos del Quirinal, ni ajenos á la region de *I Monti*, habrémos de recorrer en nuestra visita á la próxima colina Viminal. En las calles que separan el monte de Quirino de la region Colonna, que llega al Pincio, y comprende una parte del antiguo campo de Marte, tambien abundan los monumentos religiosos; entre ellos merecen mencion San Silvestre *in Capite*, que es una antiquísima iglesia, cuyo origen se remonta al siglo III, á la época del Papa Dionisio I y de los emperadores Valeriano y Galieno, y que guarda entre sus reliquias y objetos preciosos la cabeza de San Juan Bautista y una imágen del Salvador, que por tradicion se cree ser aquélla que el Papa San Silvestre envió á Abagaro rey de Edesa.

Parece, pues, que la Roma cristiana haya tenido particular empeño en multiplicar los templos, consagrados al único culto verdadero, en aquella misma region insigne de la *Alta semita* y sus valles contiguos, en aquella colina, que guardó en sus entrañas el suplicio de las vestales, y que más tarde ostentó los templos de Rómulo (Quirino), de Fidio, de la Salud, de la Fortuna pública, de los emperadores Flavios, y por último, el pórtico y las termas de Constantino el Grande. El antiguo Quirinal era la mansion de las familias aristocráticas, de donde alguna vez salieron los reyes y los caudillos y los emperadores de Roma. El nuevo Quirinal, mucho más afortunado, es uno de los recintos, donde, con asistencia de lo alto, se designa y elige el Sucesor de los Apóstoles: la colina venturosa, desde cuya cumbre suele anunciarse al mundo católico la exaltacion y el nombre de su soberano espiritual.

EL VIMINAL.

MONUMENTOS CRISTIANOS.—RUINAS PAGANAS.

I.

Fué el Viminal entre los siete famosos montes el ménos importante en los destinos de la Roma antigua, como es el ménos determinado en la topografía de la Roma moderna. Especie de hijuela del Quirinal, la colina de los Sauces (*Vimina*), siguió la suerte de la de Quirino en la parte que á ella se acercaba, y la del monte Esquilino en la pendiente que á su campo descendía.

En lo más prominente del Viminal estuvo el ara de Júpiter, que se llamó *Vimineo* ó Viminal por el bosque de sauces en cuyo fondo se alzaba: es inútil buscar ya sus vestigios.

La plaza de *Termini*, que corresponde á la moderna region de *Los montes*, en la cual está incluido el Viminal, puede considerarse dividida en dos zonas; la menor, próxima al Quirinal, en el camino que conduce á Puerta Pía; la mayor, en la parte baja, cerca de las termas de Diocleciano, que dieron el nombre de *Termini* á la plaza: á la primera pueden asignarse la fontana del agua Felice y las iglesias de Santa María de la Victoria y Santa Susana, que ocupan acaso una parte del terreno donde se extendían los jardines famosos de Salustio. Las modificaciones, que el terreno ha sufrido, y los varios edificios